ResearchGate

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: https://www.researchgate.net/publication/316861837

Sobre el supuesto origen de la palabra

Article · January 2007

CITATIONS
0

READS
10

1 author:

Jose Luis Da Silva
Universidad Católica Andrés Bello, UCAB
42 PUBLICATIONS **3** CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:

Ética moderna y contemporánea View project

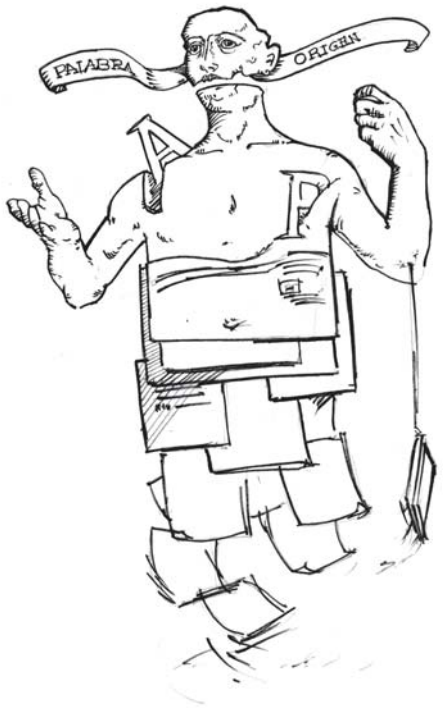
Filosofía de la Historia View project

All content following this page was uploaded by Jose Luis Da Silva on 11 May 2017.

The user has requested enhancement of the downloaded file.

Sobre el supuesto origen de la palabra.

Reflexiones sobre el sujeto y el espacio en la elaboración del discurso



José Luis Da Silva / joma79@movistar.net.ve
Universidad Católica Andrés Bello
Caracas-Venezuela

RECIBIDO: 25-06-2006 • ACEPTADO: 16-07-2006

Resumen

Este trabajo intenta abordar lo que pensadores como Nietzsche y Foucault pensaron sobre el supuesto origen de la palabra. No se trata de una investigación filológica, sino más bien de auscultar la forma en que se puede tomar en cuenta un determinado lenguaje. Sus eventualidades y discriminaciones. Cuestionando el porqué se toman y se dejan las palabras en un momento dado, y qué hace que sean en determinado momento insustituibles. Por qué un lenguaje en vez de cualquier otro, servirá de motivo para nuestra reflexión. Por un lado, tenemos a Nietzsche que nos indica la importancia de aquel que, en cuanto sujeto, pronuncia la palabra, mientras que Foucault se inclina por darle relevancia al espacio desde donde es emitido el discurso.

Palabras clave: Foucault, Nietzsche, discurso.

ON THE SUPPOSED ORIGIN OF THE WORD. REFLECTIONS ON THE SUBJECT AND THE SPACE IN THE ELABORATION OF THE DISCOURSE

This work tries to approach what thinkers as Nietzsche and Foucault thought on the supposed origin of the word. It is not a philological investigation, but rather of auscultating the way how a certain language can be taken into account. Its eventualities and discriminations. Questioning the why words are taken and are left in a given moment, and what makes them insustitutable in certain moment . Why a language instead of any other one, will serve as reason for our reflection. On one hand, we have Nietzsche that indicates us the importance of that one who, as a subject, pronounces the word, while Foucault prefers to give relevance to the space from where the discourse is emitted.

Abstract

Key words: Foucault, Nietzsche, speech.

I. El papel del noble

A partir de ciertos parágrafos de la obra nietzscheana podemos sacar en claro lo arbitrario del lenguaje en cuanto uso recurrente para designar a las cosas en general. El mundo que se nos muestra en toda su materialidad es indiscutiblemente caótico. El hombre no es el modelo de orden por excelencia. No lo es ni ontológica ni epistemológicamente, más bien, debemos ver al hombre como un resultado nunca finalizado de una lucha entre instintos. En el fondo, el hombre, con la intención de asimilar la realidad material, busca reducirla, creyendo que, utilizando palabras como ser, yo, conciencia, voluntad, verdad, etc., puede lograrlo. No se percata que su vano esfuerzo ha terminado por tergiversar al mundo y con él, a su mismísima humanidad. No quiere entender, en el fondo, cuál es su verdadero origen, que no es otro que el devenir. Devenir que no puede ser clasificado sin perder su pureza. No se trata de ocultar la tarea humana, empeñada en gastar enormes energías queriendo ver un objeto e identificarlo de una vez y para siempre, para más nunca verlo porque en su lugar ha colocado una palabra, un sustituto inconmovible ¿Cómo hacerle ver que donde cree ver un objeto, en realidad existen varios? Se profesa un yo único y petrificado, capaz de sobreponerse al propio tiempo, cuando en realidad todo ser humano está cargado de infinidad de facetas, estímulos, pasiones, ideas y contradicciones, imposibilitando todo criterio unificador. Criterio que lejos de afirmar termina por negar el sentido y propósito de toda vida.

El ser humano parece haber olvidado que proviene de un mundo lleno de registros y que resulta temerario pretender resumirlos de manera exclusiva bajo un cuerpo racionalmente establecido de relaciones de estricta necesidad lógica. Un mundo que sucede sin más se asoma inmanejable e irracional, no calzando con las intenciones de un posible orden universal. En consecuencia, a la pregunta ¿de cómo puede pretender el hombre ser aquél que dice poseer las facultades para pronunciar la verdad sobre sí mismo y sobre las cosas? contesta Nietzsche que es imposible siquiera pensar en tal posibilidad. En el devenir, todo es y no es, nada perdura necesariamente, de ahí que sea insoportable la vanidad y el orgullo que infla al hombre, por el solo hecho de creerse portador de la realidad en sí misma, como de su sentido y verdad.

Otra causa que nos haría dudar del supuesto saber del hombre es el poco tiempo que ha permanecido inmerso en la Naturaleza. Haciéndose creador del intelecto cree poder explicar el curso de las cosas, olvidando que su existencia no tiene ningún valor ante el universo entero. Cómo se puede pretender la verdad, presumir de ella en tan precarias condiciones:

> Hubo eternidades en las que no existía; cuando de nuevo se acabe todo para él no habrá sucedido nada, puesto que para ese intelecto no hay ninguna misión ulterior que conduzca más allá (Nietzsche, !990a: 17).

¿Por qué nos hemos dejado engañar por el intelecto? Es una pregunta que perturba a Nietzsche una y otra vez en sus escritos. Podría decirse, que el intelecto infla el ser del hombre, al estabilizarlo, regalarle una esencia, aunque con ello lo desfigura y

aniquila. Al saberse impotente para afrontar la realidad de las cosas, vemos que la razón intenta cumplir el papel de explicarlo todo de manera tal que daría la impresión que la impotencia desaparece y la verdad aflora, pero esto no pasa de ser un simple simulacro. Con la razón amoldamos el mundo material a nuestras mezquinas expectativas. De alguna manera –no sé hasta que punto Nietzsche acompañaría esta inferencia– la Razón busca humanizar a la Naturaleza, a pesar de que al hacerlo está destruyendo toda su riqueza. Este humanizar el mundo debe ser visto con cuidado, ya que sabemos que nada en sí mismo, en su esencia, y ni siquiera el hombre posee una estructura fija y ordenada capaz de dar cuenta de toda y cada una de las partes que conforman a la Naturaleza. De esto no queda otra cosa que inferir que nada ni nadie conserva en sí mismo la verdad absoluta. En consecuencia, ¿de dónde saca el intelecto las razones para procurar poseerla, y erigirse como su dueño y señor? La simulación parece ser la palabra clave para desafiar la pregunta formulada y entender, si aún cabe hablar de ello, el supuesto orgullo que engalana al entendimiento. Simular y fingir aparece sobre el escenario epistémico como los atributos fundamentales de la Razón a la hora de dictaminar qué es verdadero y qué falso.

> El intelecto como medio de conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas principales fingiendo, puesto que éste es el medio merced el cual sobreviven los individuos débiles y poco robustos, como aquellos a quienes les ha sido negado servirse, en la lucha por la existencia, de cuernos, o de la afilada dentadura del animal de rapiña. En los hombres alcanza su punto culminante este arte de fingir; aquí el engaño, la adulación, la mentira y el fraude,…que apenas hay nada tan inconmovible como el hecho de que haya podido surgir entre los hombres una inclinación sincera y pura hacia la verdad (Nietzsche, 1990a: 18-19).

El hombre, como uno de los seres más frágiles de la naturaleza, tiene que hacerse de otros artificios como la astucia y su capacidad de razonamiento para obtener lo que busca. Pero de ninguna manera puede pretender que este instrumento sea tomado como la panacea universal. Al extralimitar la capacidad argumentativa, más allá del terreno de la pura convivencia con las cosas, vemos cómo cae dentro del terreno de la simulación y la superstición. Sabiendo que es imposible absorber la realidad en su totalidad, el hombre simula poseerla. De ahí que no debe extrañar sus ocultas ansias por dominar, cueste lo que cueste, a sus pares, sometiéndolos a su exclusiva verdad. No es muy diferente cuando el hecho se refiere a la mujer que imaginamos poseer, aun cuando no podamos poseerla realmente. En ambos casos el hombre lo único que nos muestra es su servilismo e inferioridad, la cual busca ocultar bajo el manto de la hipocresía y simulación.

Por medio de la simulación y la falta de escrúpulos, que hacen ver a lo desigual como lo igual, el hombre comienza a estructurar un lenguaje "verdadero". Lenguaje que al comienzo tuvo la pretensión de comunicar, y ello con el objeto de hacer más fácil la vida comunitaria. El hombre, como ser del rebaño, necesita de un medio por el cual hacerse entender. Tuvo que identificar ciertas imágenes con ciertos sonidos. A su vez, entonar sonidos que fuesen capaces de emitir, transmitir y ser identificados y admitidos por la comunidad. No se pretendía agotar la materialidad de las cosas, sino que las palabras empleadas sirvieran para que las personas del rebaño se pudieran entender entre sí, es decir, comunicativamente y no reflexivamente: "*¿Qué es una palabra? La reproducción en sonido de un impulso nervioso*" (Nietzsche, 1990a: 21). El grupo deberá asimilar, desde la cotidianidad, el discurso verdadero y formar criterio para diferenciarlo de la mentira. Pero lo cotidiano es accidentado y a la vez homogéneo. Es individual y regular; de ahí que se vea el hombre tentado desde el comienzo a concebir la necesidad de economizar las palabras, abstraer de lo accidentado lo más importante, aquello que se repite: lo uniforme. Por lo tanto, todo aquel que pueda transformar las imágenes en palabras tendrá en su haber el negocio de la verdad y de la mentira. Que no es otra cosa que la paz para unos y el sometimiento para otros. Trastocar en real lo irreal. Truncar la vigilia, y en su lugar imponer el sueño.

> Este tratado de paz conlleva algo que promete ser el primer paso para la consecución de ese misterioso impulso hacia la verdad. En este mismo momento se fija lo que a partir de entonces ha de ser *verdad*, es decir, se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el poder legislativo del lenguaje proporciona también las primeras leyes de verdad, pues aquí se origina por primera vez el contraste entre verdad y mentira. El mentiroso utiliza las designaciones válidas, las palabras, para aparecer lo irreal como real (Nietzsche, 1990a: 20).

Este lenguaje que jamás se podrá mostrar como la esencia de las cosas, pasó a ser, gracias al olvido de esta ley, la esencia misma de las cosas. La palabra infinitamente repetida, llegó a convertirse por el hábito, en el sustituto de las cosas, aquello capaz de configurar el objeto en su ausencia. Aquella acción que llevó al ser humano a pronunciar determinados sonidos, mostró la forma en que todo hombre entendió al mundo, sin agotarlo, pero conforme con la tarea realizada. Esos sonidos fueron repetidos una y otra vez, hasta que se creyó que agotaban lo que enunciaba. Esto originó la sustitución; se produjo el evento esperado, tomar a la palabra como si fuese la cosa misma.

El lenguaje en estas circunstancias, pero sólo en principio, se muestra como el intento individual por hacerse de las cosas. Es sólo un ensayo inicial que procura ser acogido para facilitar el trato entre los distintos seres que conforman una comunidad. Se trata de un asunto si se quiere pragmático, y en definitiva de subsistencia sin trasfondo metafísico. Se tiende a olvidar con mucha facilidad estos inicios terrenales. La gran mayoría de los hombres borran de sus memorias que los signos y sonidos utilizados tienen, sobre todas las cosas, la función de facilitar el convivir, que se trata de meras palabras que no extinguen la materialidad del mundo que los rodea, ni el intrincado espacio de las relaciones interpersonales. No obstante, la creación se agota y en su lugar surge la monotonía del lenguaje, la simplificación de las ideas, el resurgimiento de una razón castradora de todo aquello que signifique vida, devenir, pluralidad. Sólo cabría pensar que bajo los artificios y el simulacro impuestos por la Razón se llegaría finalmente a creer que la palabra es la esencia de los objetos. En este caso, se colocaría al principio, lo que el proceso histórico nos había insinuado que iba al final. Hablar en aras de constituir un supuesto origen de la palabra inmerso en una ontología de la verdad y de las esencias iría, a juicio de Nietzsche, más allá de lo mostrado por sus estudios genealógicos.

Ahora bien, si el lenguaje es, en primera instancia, un señalar de manera individual las cosas, ¿qué razones se tomaron en cuenta para que fuera un determinado lenguaje y no otro el aceptado? ¿Cuál fue el dispositivo de validación utilizado? ¿Por qué cierto lenguaje se amoldaba mejor al quehacer del hombre y su entorno social? ¿Qué prevaleció en la aceptación de un determinado lenguaje sobre otro? La respuesta se encuentra ligada en cierta medida al poder del más fuerte, del más apto. El hombre que de alguna manera fuera capaz de conseguir alimento, detectar el peligro, aprovechar la oportunidad no dejándola escapar, comprender con mayor rapidez una serie o cadena de circunstancias favorables o desfavorables, era sin duda el que iba a dominar e imponer las pautas a seguir. Los otros tenían que superarse, intentar seguir al líder, de lo contrario sucumbirían. Encontramos aquí una cierta similitud o coincidencia con el nacimiento de la lógica. En la lucha por la supervivencia, estaban aquellos que podían desarrollar un determinado mecanismo lógico de utilidad para el mantenimiento eficaz de la vida, logrando el triunfo de la supervivencia y la posterior dominación sobre los débiles, los demás perecían o quedaban derrotados y esclavizados. De ahí la inclinación por poner de manifiesto un cierto tipo de estructura de orden más ecléctico que metódico. Realidad supuestamente heredada de tiempos ancestrales que tiene que ver con el llamado del cuerpo, de la intuición y de fuerzas telúricas, inexplicables racionalmente pero ineludibles por venir de lo más hondo de la vida misma. Muy diferente sonará el ordenamiento metódico al partir de la simulación para dar con las respuestas de un mundo subjetivado. Bajo esta consideración se asume que lo real acontece y se explica a través de la figura del acertijo. Sólo resta aplicar la razón para su solución. Resultados más que funciones sirvieron para establecer ciertos mecanismos, ciertas verdades, creyéndose que todo era obra del sentido común y de la sindéresis. Olvidándose que el cuerpo no puede escapar al devenir de sus impulsos y deseos por más que se los intente oprimir.

> ¿De dónde surgió la lógica en las cabezas humanas? Seguramente desde lo ilógico, cuyo reino debe haber sido enorme originariamente. Ahora bien, perecieron muchos e incontables seres que hacían inferencias de una manera distinta a como nosotros lo hacemos hoy: ¡Esto puede haber sido muy verdadero una y otra vez!...La tendencia predominante a manejar lo semejante como lo igual –una tendencia ilógica, pues en sí mismo no existe nada igual–, creó inicialmente todo el fundamento de la lógica… El curso de los pensamientos y conclusiones lógicas en nuestro cerebro actual corresponde a un proceso y lucha de instintos, cada uno de los cuales es en sí mismo bastante ilógico e injusto; corrientemente nosotros sólo experimentamos el resultado de la lucha; tan rápido y tan oculto se desarrolla ahora en nosotros este antiquísimo mecanismo. (Nietzsche, 1990b: 106).

Estos seres que mostraban ciertas habilidades y poseían

mayores capacidades fueron, en definitiva, los más fuertes, los aptos para poner el justo valor a las cosas y a los demás. No se vislumbraba otra alternativa, el valor no era otro que el valor de los más capaces, pero nadie se atrevía a contravenir esta práctica. Eran los llamados nobles, a fin de cuentas, lo que poseían el don de ser, aquellos que disponían cómo debían realizarse las empresas, las tareas, los oficios y en definitiva, las reflexiones. Aquellos que en exclusiva y con criterios aristocráticos, imponían los valores a seguir y respetar. Eran los que poseían los títulos para gobernar. Los nobles comprendían su realidad como la realidad de todos, y como tal entendían que su verdad era la verdad de todos. Noble "*significa etimológicamente alguien que es, que tiene realidad, que es real, que es verdadero*"(Nietzsche, 1986: 35). La plebe que representa a lo bajo, lo que puede quedar al margen y debe entenderse como lo grosero y prescindible ha de acatar las órdenes de sus superiores, hacer suyas las verdades que emanan de la jerarquía, y ello para el bien de su propia supervivencia. La única interpretación válida y autorizada era la que mostraba la clase dominadora, derrochadora de fuerzas y discursos. He aquí, para Nietzsche, un primer acercamiento al origen de la palabra, muy cercano al simulacro y al sometimiento de unos sujetos sobre otros.

> (El derecho del señor a dar nombres llega tan lejos que deberíamos permitirnos el concebir también el origen del lenguaje como una exteriorización de poder de los que dominan: dice *esto es esto y aquello*, imprimen a cada cosa y a cada acontecimiento el sello de un sonido y con esto se lo apropian, por así decirlo). (Nietzsche, 1986: 32).

II. El lugar del discurso

Por otra parte, tenemos una reflexión adelantada por Foucault. El pensador francés asume en cierta medida los postulados nietzscheanos, digiriéndolos para producir postulados, por demás sugerentes, sobre el origen de la palabra, sobre todo de su enunciación. Por más que diera la impresión que Foucault termina por desechar la postura del filósofo alemán, tenemos que una mirada más reposada, y un análisis que no se deje llevar por las primeras impresiones, pueden arrojar conexiones claras entre ambos pensadores.

Cuando hablamos, dice Foucault, nos encontramos inmersos en un juego de exterioridades, al que ningún discurso puede escapar. Si bien debemos admitir que el discurso necesita de una interioridad estructural, sólo es tomado en cuenta cuando supera las fronteras de esta interioridad, es decir, que lo pronunciado comienza a ser objeto de importancia cuando se encuentra subsumido dentro de un mundo de relaciones que desbordan al sujeto que circunstancialmente lo pronuncia. Lo que denuncia la fragilidad del sujeto, no así cuando Foucault dirige su atención a la perdurabilidad del espacio que sirve de escenario para el discurso, que es capaz de mantener la monotonía del lenguaje.

El hombre no es, por más que afirme lo contrario, la última instancia. No reposa sobre sus hombros el valor y la verdad que acompaña a todo discurso. Dicha realidad es originada en otra parte, que indistintamente sirve de proscenio para la actuación, sin que ésta llegue a ser estelar. Podemos manejar infinidad de lenguajes, pero sólo es posible de ser cuestionado aquél que, dada su importancia, así lo ameriten las circunstancias y el lugar de su pronunciación. Valor que le vendrá dado por el lugar, suelo o institución que ha originado el discurso. Limpiando la simbología de la mayor cantidad de subjetividad, nos iremos quedando con aquello que, al ser admitido por su disposición a jerarquizar, pueda ser objetivado, y con ello obtenga valor definido y reconocido por todos los hombres. En una palabra, que todos sin distinción sean capaces de soportar y reconocerlo como insustituible. Todo discurso requiere de un espacio, no importando el sujeto que lo pronuncie.

En este caso el espacio que sirve de sustento y difusor del discurso debe ser lo suficientemente objetivo y poderoso como para que sepamos a qué atenernos y cómo actuar. Qué reglas seguir y por qué. Es, en definitiva, el lenguaje que obviando "las desigualdades" de la realidad, emite un juicio valorativo, que debe ser respetado y seguido al pie de la letra. A la vez, este lenguaje, gracias a su objetivación, es el instrumento gracias al cual toda una comunidad puede, en última instancia, ponerse de acuerdo. El lugar desde donde se pronuncia el discurso, será la razón última por la que se lo tenga como cierto. En estas circunstancias no cabe esperar otra cosa que tomar las cosas con toda seriedad: "[no importa quién habla], *sino que, lo que dice, no lo dice de no importa dónde. Está enredado necesariamente en el juego de una exterioridad*" (Foucault, 1979: 208).

De alguna manera, el que ejerce un poder, puede hacerlo porque el lugar desde donde lo ejerce le concede dicho poder, es decir, aquello que no será entendido a medias, o de forma ambigua, o como una simple broma, lo será por el lugar de su pronunciamiento. Ya que es el único sitio capacitado y en cierta forma ungido, desde el cual un discurso "verdadero" puede ser proferido. Esto hace que las palabras utilizadas en este discurso ameriten ser evaluadas, al tiempo que manejadas, y mantengan una alta circulación y difusión. Su intercambio está asegurado, haciéndose indispensable su conocimiento para el cotidiano vivir.

Cuando queremos expresarnos, lo hacemos partiendo de postulados que la academia de la lengua indica que han de seguirse, por lo que todo aquel que se salga de las reglas establecidas por la institución está en lo falso, se ha alejado, en definitiva, de la "verdad", tanto en cuanto proceder, en cuanto reconocimiento del mundo, como también en aceptación de los otros como sus semejantes. Es el espacio lo que legitima la realidad del discurso, no así el sujeto que requiere de un lugar para enunciar sus ideas. Al romperse las reglas se rompen con lo más sagrado, se es maldito y como tal debe ser expulsado o encerrado para que expíe su culpa al pretender colocarse por encima de las instituciones y de sus espacios legitimadores. Para Foucault, el discurso no vale en sí, por el solo hecho de ser pronunciado por un sujeto, a partir del que lo emite, sino desde la especialidad de un establecimiento consagrado.

No tiene importancia, para nuestro pensador francés, el rol que cumple el sujeto singular, cuya tarea se circunscribe a emitir un juicio. Por lo menos así lo asume en sus trabajos pertenecientes a los sesenta. La valencia se encuentra en la trama que constituyen las relaciones mundanas, soportadas por un espacio legítimamente reconocido, y desde el cual es pronunciado el discurso. De esta manera, lo que se dice debe ser objetivo y en última instancia verdadero. Lo que se emite tiene un carácter específico, del cual no debemos sacar lo que no se dijo o se dejó de decir, no importan las circunstancias subjetivas que rodearon el hecho, ya que jamás podrán sustituir lo escrito y proferido desde un lugar en particular. No se puede permitir la injerencia de un trasfondo que remita a un sujeto superior u originario. No podemos ir más allá del juego de relaciones externas en las que se haya depositado el discurso pronunciado. Todo intento en contra, debe ser asumido como una profanación. Todo origen discursivo debe tener en cuenta el lugar desde donde es anunciado y pronunciado.

> El análisis de los enunciados se efectúa, pues, sin referencia a un *cogito*. No plantea la cuestión del que habla, bien se manifieste o se oculte en lo que dice, bien ejerza, al tomar la palabra, su libertad soberana, o bien se someta sin saberlo a compulsiones que percibe mal.(Foucault, 1979: 207).

III. Consideraciones finales

El hombre que sea capaz de resaltar sobre los demás miembros de su comunidad será, a la larga, como el pilar fundamental del que se erigirá posteriormente la institución, a saber, los espacios legítimamente establecidos para el pleno ejercicio del poder. De ahí que el planteamiento nietzscheano nos da una visión más cercana de cómo la palabra o discurso puede ser tomado en cuenta. El noble es el que en última instancia, cual dominador, impondrá su manera de ser, de ver las cosas y de proceder. Esta manera o estilo llevará siempre el sello del poder que despliega el más fuerte. Los otros, la gran mayoría, lo aceptan, por debilidad o por incapacidad de tomar decisión alguna, o porque sencillamente no son aptos para sostener un plexo de relaciones con el mundo y con sus semejantes, o en definitiva siente el temor de asumir el riesgo de pronunciar una palabra y mantenerla, lo que significaría detentar el poder que no tienen o están lejos de poseer. Esta necesidad de comunicación comienza con la menesterosidad que incumbe a cada quien cuando debe procurar alimento y alberge, de instruir a su prole, de intercambiar objetos con los demás miembros de su comunidad, inclusive llegar a ser lo suficientemente capaz de formular un discurso científico o filosófico acorde con las necesidades de su tiempo. Esto es, a simple vista, una de las posibles funciones que tiene en su haber todo lenguaje para

el hombre. Sin este recurso los seres humanos se verían imposibilitados de llevar adelante su propia vida, no encontrarían manera de sostener la paz y la convivencia en sus sociedades, porque a la larga siempre requerirán del auxilio de otros de sus semejantes, y esta ayuda sólo puede ser expresada por medio de palabras, ya sean estas escritas, proferidas o señaladas. Pero solo unos pocos se hacen de un lenguaje capaz de sobreponerse al murmullo, su lenguaje es sin tapujos la realidad descarnada. Y ello es posible, por más que se reconozca el simulacro, por el poder ejercido o capacidad de dominio cierta y real sobre la mayoría indefensa.

En consecuencia, a la pregunta del cómo surge un determinado lenguaje, la respuesta más idónea es aquella que nos indica el poder como medio instrumental, gracias al cual un lenguaje entra en uso. Los que detentan el poder describen el mundo según sus propios intereses. Esta forma de expresión es sólo una cualidad de ver el cúmulo de relaciones, efectuando profilaxis sobre un sin fin de otras posibilidades, manifestándose como la única manera de nominar las cosas.

Simbolizado, exteriorizado y legitimado por aquél que ejerce el poder, se origina un lenguaje, dándole sentido a unas fórmulas y negándoselas a otras. No en vano tenemos, que el noble *es* en todo el sentido de la palabra, tal y como era entendido y utilizado en el vocabulario griego. Serán nobles aquellos que sean capaces de materializar sus deseos e ideas y obligar a los demás a cumplirlas. A diferencia de la plebe, que por su carácter amorfo, tiende a cambiar con suma facilidad, no tienen comercio con las palabras ya que son instrumentos de su noble señor. No mantiene una opinión constante, es presa constantemente de los rumores y de los temores. Pero más allá de este forcejeo, lo importante es la reiteración de ciertas palabras para indicar ciertos actos, voluntades y deseos.

Este ejercicio continuado vuelve indispensable la palabra cotidiana, en última instancia, sustentándose en su monotonía, termina siendo aquello que sustituye el mundo de las cosas materiales, robándose para sí la verdad, la consideración y el respeto. En lo adelante, todas las sospechas recaerán sobre la positividad del mundo y su devenir; sólo la palabra tendrá bajo su resguardo el pronunciar la verdad del mundo. La Razón ha actuado con eficacia, el simulacro se ha efectuado, lo permanente y falso se trastoca en lo verdadero e irrefutable. Se pasa de un plano subjetivo a uno objetivo ampliamente reconocible, sin atender que se trata de un acto de ligereza, de simple olvido sobre el origen de la palabra.

De ahí en adelante la palabra pasa a formar parte de la institución, se hace una con la institución, de aquello que de alguna manera es asumido por todos. El olvido ha realizado su trabajo. Gracias a la costumbre y a la convicción tomamos lo dicho como la única manera de expresar correctamente la realidad. La institución cobra vigor, se hace fuerte, mientras que los individuos que la manejan cada vez se van tornando dóciles, manejables, sustituibles, débiles, prescindibles. Esto trae como consecuencia que el lenguaje se vaya agotando, se comience a mostrar su pobreza discursiva para explicar la experiencia. Lo que termina ocurriendo con todo lenguaje que se mantenga en el tiempo, es su relación con la verdad. Logran petrificarse gracias al poder que lo sostiene, y a pesar de que con ello hayan negado toda materialidad del mundo como también de los instintos humanos. Al punto que el lenguaje termina conformando una sola pieza con la verdad. El espacio ha sustituido al poderoso, al que infundía temor, porque dada su temporalidad ha desaparecido.

Se olvidan los hombres que manejan la institución por hábito y no por poderío propio, que aquello que ellos defienden es una forma subjetiva, y hasta si se quiere, arbitraria de explicar las relaciones complejas del mundo. Han caído en la trampa de creer que ese universo del discurso creado es la explicación que procura sustentar todo nexo con la Naturaleza. Han puesto al principio lo que va, según Nietzsche, al final de todo, se han olvidado del proceso mismo por el cual el discurso ha surgido.

Gracias al olvido, el lugar desde donde es emitido el discurso pasa a ser lo más importante, y no la persona que lo pronuncia. Dicha persona utiliza la entidad material para obtener prestigio, grado, aplauso, a la vez que debe, con lo dicho, fortalecer la propia institución. A fin de cuentas, se identifica el espacio establecido y debidamente definido como aquél sobre el cual reposa la verdad. La palabra requiere encarnarse en la materialidad del espacio: “Y el Logos se hizo carne”.

El hombre que miró más allá, viendo lo que los demás no eran capaces de ver, formulando postulados que explicaban de manera más acertada una serie de experiencias “anormales” para el paradigma impuesto, era el que más tarde pasaría a detentar el poder. Poder logrado con mucho esfuerzo, porque no es fácil hacer cambiar de parecer las ideas que tienen por ciertas unas sociedad. No es dable derrocar algo que se tiene por verdadero. La verdad hace que el hombre viva en paz, y lo logra por medio del mantenimiento en el tiempo de la palabra que lo legitima. Por más que esta legitimación sea ficticia, después de todo, es cuestión de imposición, lo importante es que se muestre

suficiente como para enfrentarse a la vida sin temores. No obstante, llega el momento en que la verdad escandaliza, horroriza, "huye" de la realidad a la cual trata de explicar. Se procede nuevamente con el mismo mecanismo de sublevación, mantenimiento y especialidad del discurso.

Surge la necesidad de un nuevo lenguaje, de un nuevo paradigma, como diría Thomas Kuhn. Para esto ya no vale la institución, lugar desde el cual es dicho algo, sino el que asume la responsabilidad y la convicción de que aquello que pretende imponer explica lo anterior y un poco más, este poco más se refiere a los hechos anormales que la teoría anterior no ha sido capaz de satisfacer, ante la mirada escrutadora de sus críticos. El nuevo lenguaje toma lo que en cierta medida puede servir del discurso anterior, ajustándolo a las nuevas reglas que originan, en definitiva, un nuevo discurso que a la larga, y por olvido, caerá bajo el yugo de la institución. En fin, parece que el hombre tiende a lo estable, aquello sobre lo cual puede fijar una serie de metas. Es un ser capaz de reconocer las grandes diferencias que existen dentro de su propio ser, como también del mundo en el que habitan sus semejantes, no obstante, termina dejándolas de lado y se apoya sobre la posición por demás arbitraria pero penetrante de un discurso particular. Preguntar por el origen de la palabra es preguntar por su espacio y por el poder que una persona o grupo en particular realizó para imponer su criterio sobre los demás, y renglón seguido, olvidar la violencia que llevó a erigir a la palabra como sustituto de las cosas.

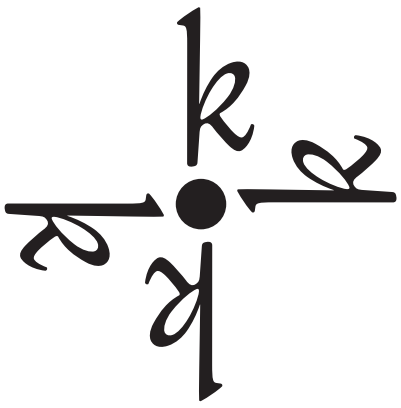
Referencias Bibliográficas

Nietzsche, F. (1990a) "Sobre la verdad y mentira en sentido extramoral" en *Sobre verdad y mentira*, Madrid: Tecnos.

_____ . (1990b) *La ciencia jovial*. Caracas: Monte Ávila Editores.

_____. (1986) *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.

Foucault, M. (1979) *La arqueología del saber*. México: FCE.



View publication stats